

jos de guerra á que asistió en Navarra, quien no dudaba en proclamar como excelente la idea de dejarse vencer.

Si los franceses tenían inteligencias en Pamplona, ¿por qué no las aprovecharon para su conquista? Precisamente el pueblo navarro, desde su anexión á España, no ha dado lugar á la más leve sospecha de extranjerismo. En otras provincias, no en las vascogadas, es donde se ha enarbolado el pabellón francés en apoyo de sublevaciones injustificadas. Si tenían también inteligencia en Guipúzcoa con los nobles, clérigos y curiales, ¿por qué levantaban en la plaza de San Sebastián aquella guillotina donde se proponían castigar las rebeldías de sus habitantes?

Eso no merece refutación, como no la merece tampoco el aserto de tener allí más suscritores la Enciclopedia que en el resto de España, porque, aun siendo verdad, todo el mundo sabe que las aduanas del Ebro la cerraban herméticamente el paso al cuerpo general de la Península.

Ni ¿de qué les hubiera servido á los *espíritus fuertes* de aquel país su conformidad con los enciclopedistas de la vecina República? De lo que sirvió trece años después, en el gloriosísimo de 1808 á los insensatos, filósofos sin corazón, que pretendieron detener la lava de ira y de venganza que á torrentes despedían las muchedumbres españolas.

Y no canso más á la Academia, que hartó fatigada estará con un escrito que, además de largo, no es simpático sino para los hijos de aquel rincón español tan maltratado y triste.

JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE.

Madrid, 18 de Junio de 1874.

III

HISTORIA DE LOS TROVADORES DEL SEÑOR BALAGUER

Cumpliendo con el honroso encargo que se ha servido confiarme nuestro Director accidental, para que informe á la Acade-

mia acerca del primer tomo de la obra intitulada, *Historia política y literaria de los trovadores*, escrita por nuestro compañero el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, y presentada al Ministerio de Fomento por D. Agustín Peinado, como administrador de la misma, en demanda de protección que á las obras originales españolas conceden las superiores disposiciones vigentes, tengo la honra de presentar á la Academia el resultado del detenido estudio que he hecho de dicho primer volumen, y del juicio que sus bien impresas páginas me ha merecido.

La última obra del reputado Académico, escrita en hermosa y correcta frase castellana, lo cual, siendo catalán el Sr. Balaguer, patentiza cuán erradamente proceden los que, por negligencia en el estudio de nuestra lengua, pretenden disculpar sus incorrecciones con el gastado achaque de influencias provinciales, demuestra de una manera altamente satisfactoria, para su autor, cómo consiguen adunarse los vuelos de la poética fantasía, y la mesurada y penosa investigación científica, cuando concurren afortunadamente en el que acomete estas nobles empresas literarias, estro de poeta y criterio de historiador. No es el libro que hoy estudiamos pesada aglomeración de datos y hechos, útiles sí, pero seca y fatigosamente presentados, sino precioso arsenal de noticias interesantísimas para la historia de la literatura patria, quilatadas con juiciosa, aunque á veces un tanto apasionada crítica; apasionamiento no sólo disculpable, sino hasta digno de alabanza, porque está inspirado por un noble y digno sentimiento: el amor á la tierra, siempre bendita para los buenos hijos, donde abrimos por vez primera los ojos á la luz, amor tanto más digno de respeto, cuanto que lleva confundido en su origen el santo cariño que profesamos á nuestras madres.

El Sr. Balaguer, como hijo de Cataluña, como el más digno sucesor de aquella brillante pléyade de trovadores provenzales, que si puede decirse se extinguieron en las comarcas del Langüedoc, alientan siempre con mejores bríos en nuestros hermanos de allende el Ebro, poeta coronado en esos tradicionales *jochs florals y puyes de amor*, donde alcanzó en buena lid, tras repetidos premios, el valioso título para un poeta de, *mestre del gay saber*, no podía dejar de insistir en lo que tantas veces se ha venido sosteniendo,

acerca de la directa influencia de la literatura provenzal en la literatura castellana. Demasiado sabe el erudito Académico, que semejante influencia, si puede afirmarse en el sentido de que todas las literaturas, como todas las diversas manifestaciones de la cultura intelectual de un pueblo, influyen unas en otras, fundiéndose y compenetrándose en una sola nacionalidad, anteponiéndose esta unidad de cultura y preparándola, á la unidad política, no puede sostenerse de igual suerte, cuando se quiere afirmar, que la musa de Castilla estaba completamente adormecida, al resonar poderosos y en toda la brillante eflorescencia de su vigorosa juventud los cantos provenzales, ni que en la literatura castellana de aquella época se reflejase el espíritu ni las tendencias de la literatura provenzal. Ya lo ha dicho antes de ahora nuestro nunca bastante sentido compañero el Sr. Amador de los Ríos, en su notabilísima *Historia crítica de la Literatura Española*, obra menos estudiada de lo que debiera ser en nuestra patria. No interrumpida, á pesar de las grandes conturbaciones que afligieron á España, la tradición latina eclesiástica, ni apagada tampoco en la muchedumbre aquella manera de entusiasmo poético, que la animaba durante la monarquía visigoda, hubieron de ser las hablas romances intérpretes de sus alegrías y dolores, desde el momento en que aparecen, tomando por único tipo y norma los cantos religiosos, aprendidos en común bajo las bóvedas latino-bizantinas. El Sr. Amador de los Ríos tiene demostrado, de una manera que no deja lugar á duda, con curiosísimos ejemplos tomados de antiguos himnarios y de otras fuentes literarias, que desde aquella remota época debió dar señales de vida la poesía popular castellana, como antes de Guillermo IX existió sin duda la lemosina en el suelo de la Provenza. No puede olvidarse, al tratar de tan importante cuestión, que si no abundan los documentos escritos de cantos populares hasta el momento histórico en que se supone producido el *Poema de mio Cid*, los poemas de los *Reyes magos* y la *Vida de Santa María Egipcíaca*, aparecen como intermedios entre aquellos cantos populares y los poemas del *Cid*, todos los cuales suponen un movimiento literario y poético que, nacido del pueblo como nace siempre, se había de convertir en la que podemos llamar poesía erudita, ó acaso mejor, y permítaseme

la frase, poesía culta. Ni tampoco es lícito ya hoy desconocer el origen esencialmente castellano del romance popular español, nacido de los antiguos himnos eclesiásticos, que así en el Mediodía de Francia, en la Galia Gótica, como en las dos Españas, se cantaban, con diversos metros y rimas, perfectas é imperfectas, reconociendo uno de los más vehementes defensores de la influencia provenzal en las literaturas modernas, y por ende en la española, M. Fauriel, que mucho antes de encontrarse cantos provenzales, eran numerosísimos los himnos eclesiásticos «rimados con cierta variedad y artificio, y cantados por clero y pueblo en las solemnidades religiosas».

Tampoco puede sostenerse que la literatura provenzal influyese decididamente en la castellana, cuando vemos el diverso espíritu que «una y otra inspiraba. Amatoria, galante, y más que galante erótica, y ¿por qué no decirlo? viciosa, reflejando como el idioma la generación pagana de sus cantos, la poesía provenzal deifica el amor, pero casi siempre el amor de los placeres, el amor que cantaban los poetas romanos, y que tan bien ha sabido interpretar en uno de sus mejores poemas dramáticos el autor del libro que nos ocupa, mientras la poesía castellana de la misma época es esencialmente religiosa y creyente, espiritualista y cristiana. Bien paladinamente lo confiesa el mismo M. Fauriel cuando en su *Historia de la poesía provenzal* (tomo I, cap. II), escribe estas palabras: «Entre los antiguos monumentos de la poesía castellana nada hay que pueda ser considerado como imitación, ni aun vaga, de la poesía amorosa de los trovadores. Diríase que los nobles castellanos, graves como lo eran naturalmente, y siempre en guerra con los mahometanos, tuvieron en poco todas aquellas refinadas convenciones de que los provenzales habían recargado el amor. Cualquiera que sea la causa, ya el carácter nacional, ya las circunstancias especiales de su estado social y político, no se inclinó entre ellos la caballería á la galantería sistemática del Mediodía de Francia. Continuó siendo lo que había sido al principio, religiosa y guerrera.»

Todo esto lo sabe hasta la saciedad el ilustrado y juicioso autor del libro que motiva este informe, y por eso, aunque se nota cierto apasionamiento al tratar tan debatido punto, hoy puede

decirse, fuera de controversia, lo hace con delicado tacto, limitándose á decir, «que la poesía castellana podrá no ser hija de la provenzal, pero que es preciso reconocer en ella su influencia;» influencia que no negamos en absoluto, como no puede negarse que la castellana influye á su vez en la catalana poesía, en la que se resume la provenzal después de la absorción completa del Mediodía de Francia por los varones de la lengua de *Oïl* ó del Norte, debiendo á esa influencia castellana el carácter menos erótico que desde entonces toma, más espiritualista y creyente, con que ha llegado hasta nuestros días, y con el que aparece en la cristiana lira de nuestro querido compañero. Ambas literaturas son hermanas, y aunque hijas de diversos padres, si bien de una misma madre, se extendieron y dilataron en nuestra patria, fundiéndose al fin en una sola y vigorosa literatura, como dos ríos que, naciendo en opuestas montañas, corren por cercanos campos, juntándose y confundiéndose al fin en una sola y poderosa corriente.

Acaso no falte quien, considerando el libro bajo otro linaje de crítica, lo encuentre también apasionado en la manera de juzgar la terrible cruzada de los albigenses, que ahogó en un verdadero mar de sangre la cultura provenzal; pero téngase en cuenta, que si aquella cruzada tuvo un móvil religioso, á que dieron no poco pábulo los trovadores dirigiendo contra Roma y contra los sacerdotes toda clase de injurias en sus violentos *serventesios*, considerados con razón por el Sr. Balaguer como literatura periodística de la época; y si Inocencio III demostró en más de una ocasión su deseo de evitar la efusión de sangre y de que se hiciese verdadera justicia, ni los legados de éste obraron siempre de acuerdo con tan evangélicos propósitos, ni todos los cruzados iban movidos, hablando en puridad, por la defensa de la ortodoxia romana, sino por el deseo, largo tiempo contenido, de lanzarse sobre las ricas comarcas del Mediodía, como lo demuestra entre otros muchos y elocuentes datos que pudiéramos aducir, la conducta de Monforte distribuyendo 434 feudos entre barones franceses, confirmando los obispados á eclesiásticos del Norte, y obligando á las doncellas á contraer matrimonio con jóvenes franceses, para sustituir por completo el elemento romano con un nuevo pueblo germánico. Disculpable es, por lo tanto, la indignación que se

apodera del autor de esta obra, al ocuparse de la cruzada de los albigenses, como una de las causas de la pérdida de aquella literatura, que halló generosa acogida en España y principalmente en Castilla, según declaran, haciendo digno alarde de buenos y agradecidos, los mismos trovadores que recibieron el beneficio.

El tomo que tiene delante la Academia, así en su discurso preliminar, en que trata de los trovadores y de sus diversos géneros de poesía y sus principales caracteres, como en los capítulos destinados á dar á conocer la estructura y la crítica de cada uno de esos diversos géneros; lo mismo en los que se dedican á estudiar la poesía provenzal en Castilla y en León y en Cataluña y Aragón, que á establecer las esenciales diferencias que había entre los trovadores y los juglares, citando á tal propósito las atinadas definiciones sobre la materia, del Rey Sabio, que en los que se destinan á las cortes y *puyts de amor*, y á las biografías de trovadores que por orden alfabético comienzan en este primer volumen, contiene no sólo numerosas noticias, peregrinas por lo desconocidas, y otras de que se tenía noticia, acertadamente ordenadas, sino también notables juicios críticos é históricos.

Esta obra, que habrá de constar de ocho volúmenes, viene á llenar un vacío en nuestra literatura contemporánea, debiendo contener 300 biografías de poetas, en las cuales, como ya se hace en las que contiene el primer volumen, se transcriben muchas obras de éstos, ó completamente desconocidas ó del todo olvidadas, y entre ellas se ofrece hasta una gramática provenzal inédita de Ramón Vidal de Besalú; con todo lo cual no hay para qué encarecer, si ya no fuese garantía para ello el nombre de su autor, el gran servicio que esta obra está llamada á prestar á la historia literaria de nuestra patria.

El autor, en ella, como dije al principio, ha conseguido quitarle toda aridez, haciendo el libro con tan espontánea habilidad, que, una vez comenzada la primera página, por indiferente que sea el lector á estudios serios, no puede abandonarle sin llegar á la última, notándose bien que quien lo escribe siente en sus venas la misma sangre, y en su mente la misma inspiración que animaba á los trovadores cuya historia narra; y como si al hacerlo no pudiera prescindir de sus poéticas prácticas, hasta la termina-

ción de más de un capítulo es una sentida *tornada* dirigida á personas de su especial afecto, é inspiradas por nobilísimos sentimientos de cariño ó de gratitud.

El que suscribe, en vista de todo lo expuesto, cree que se debe proponer al Gobierno auxilie la publicación de la presente obra, adquiriendo de ella el mayor número de ejemplares que sea posible.

La Academia, sin embargo, resolverá.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

Madrid, 22 de Noviembre de 1878.

IV

En cumplimiento de lo dispuesto por el Excmo. señor Director accidental en 25 del pasado, he examinado la obra titulada *Noticias Conquenses*, que tengo el honor de devolver á la Academia con los documentos que la acompañan. Su autor es el Sr. D. José de Torres Mena, abogado y ex-diputado, y se compone de un grueso volumen de 883 páginas, en 8.º mayor, de menudos caracteres y estrechos renglones, sin contar su extenso prólogo.

Antes de tratar de la totalidad de la obra, tengo que referirme al excelente trabajo preliminar que la precede, aunque merezca un examen más detenido. Encierra curiosísimas biografías, de todos los conquenses ilustres, algunos de los cuales tendrían sus nombres tan sepultados en el olvido como sus huesos en la tumba, sin la diligencia del laboriosísimo autor, que embebe además en ellas la verdadera historia de Cuenca. Sensible, empero, nos parece que contenga el prólogo pocas noticias militares sobre muchos hechos de que fué su territorio teatro, y que no se extienda más sobre la vida del heroico D. Juan de Cereceda «el de los rebatos,» de cuyas hazañas Berwick, Peterborough y muchos escritores extranjeros se han ocupado más que los mismos españoles.